



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

EL ESPÍRITU DEL ÚLTIMO VERANO

SUSANA VALLEJO

edebé

SUSANA VALLEJO

EL ESPÍRITU DEL ÚLTIMO VERANO

PREMIO EDEBÉ
DE LITERATURA
JUVENIL



edebé

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Victoria Fernández, Sra. Anna Gasol, Sra. Rosa Navarro Durán y Sr. Robert Saladrigas.

© Susana Vallejo, 2011

© Ed. Cast.: edebé, 2011

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de portada: Getty Images

1.^a edición, marzo 2011

ISBN 978-84-683-0163-1

Depósito Legal: B. 7994-2011

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Vicky,
en recuerdo de la Casa del Árbol.*

I

Apreté el acelerador y entré en la autopista tan cargado de dudas como de libros la mochila de un niño en su primer día de clase. Me preguntaba si no estaría haciendo el idiota, porque para poder volver al lugar en el que transcurrieron los veranos de mi infancia y adolescencia, me había inventado una excusa tan peregrina en el trabajo que la voz de mi jefe se había cubierto de sospechas y desconfianzas. Me estaba jugando el puesto que tanto me había costado conseguir y lo hacía por un simple sueño.

Porque esa noche había soñado con la Casa del Árbol y con mi abuela Flor, y ella me había rogado que regresara.

Cuando me desperté, a unas horas intempestivas que eran demasiado tempranas para levantarme pero excesivamente tardías como para dormirme de nuevo, sentí como si aún respirase el aire de los veranos de la Casa del Árbol. Y entonces, incorporado en la cama, con la magia del sueño y un extraño perfume a césped recién cortado y a hinojo flotando alrededor, supe que tenía que volver. De pronto, después de tantos años y

gracias a un sueño, había comprendido dónde estaba escondido el tesoro. El tesoro de la reina mora.

En el sueño había recuperado lo que creía haber olvidado, el tono de voz de mi abuela, su sonrisa, su mirada dorada y todas y cada una de las palabras del poema de la reina mora, como si no hubiese pasado ni una semana después de aquel último verano en la Casa del Árbol.

En el pasado, el viaje se me hacía interminable. ¡Lo que podíamos llegar a tardar con el Ford Escort de mi madre o el autobús de línea! Pero ahora la ciudad parecía haberse expandido hasta lo que antes eran masías y campos de labranza, y la autopista llegaba casi hasta la urbanización.

La batalla del cemento contra la naturaleza tenía toda la pinta de inclinarse hacia el lado de los ladrillos. Apenas había dejado de ver casas adosadas, chalés y polígonos industriales cuando llegué a la salida de la costa.

Me costó reconocerla. Había recorrido mil veces aquel trayecto y sin embargo todo era diferente. En mi memoria seguía viva la estrecha carretera que nacía rodeada de robles que abrazaban el camino con un mimo vegetal. Sé cómo olía ese bosque porque en verano, en aquel entonces, el aire acondicionado era un lujo que pocos coches poseían, y nosotros siempre llevábamos las ventanillas bajadas. Aquel camino era el de la tierra caliente y el musgo a la sombra de los pinos, de las centenarias encinas y de los alcornoques.

En primavera era una carreterilla ondulante que atravesaba pastos verdes y frescos, y campos de amapolas que estallaban en una explosión roja, tan roja como la

sangre, que salpicaban las orillas del camino como si gritasen a los cuatro vientos que se aproximaba otro largo y nuevo verano.

Ahora comprobaba que aquel camino rodeado de árboles ya sólo era un recuerdo. Porque yo circulaba por una autovía de cuatro carriles que había engullido el bosque y los campos de amapolas. Y ese agreste paisaje verde y rojo y amarillo había sido reemplazado por diferentes y encantadores tonos de asfalto: gris perla, gris oscuro, gris marengo...

Pisé el acelerador preguntándome si sería capaz de encontrar la salida que conduciría a la Casa del Árbol, porque también había desaparecido la masía que anunciaba que nos acercábamos a la urbanización y la enorme higuera bajo la que siempre había un chucho o dos, y los establos y los caballos que tanto me habían impresionado en la infancia.

Traté de imaginarme cómo convencería a los actuales propietarios de la casa para que me permitiesen entrar, y si sería capaz de enfrentarme a los recuerdos de mi último verano allí, el verano del tesoro de la reina mora, el de la muerte de «F».

Me sorprendió que la salida que conducía al pueblo estuviera claramente indicada con un enorme letrero.

Me interné entre las calles llenas de agujeros y baches.

Y después, allí, en la urbanización, todo parecía igual, como si el tiempo no hubiese transcurrido. Sólo me llamó la atención la cantidad de carteles que anunciaban «SE VENDE» desde las verjas y las puertas de las casas y parcelas.

Por eso, al girar la curva que sube la colina, me impresionó tanto encontrarme con que la casa de los vecinos, la de Montse y Joan, ya no existía.

En su lugar, en el solar, había montones de arena removida que reposaban junto a enormes rocas, pilas de troncos cortados y una excavadora que enseñaba los dientes, como un monstruo amarillo satisfecho después de haberse zampado a su presa.

Y a su lado, esperando su turno, inocente e ignorante de su destino, permanecía impertérrita la Casa del Árbol.

Sólo entonces, al contemplar ese paisaje desolado, comprendí que estaban construyendo una nueva salida de la autovía hacia la costa, que la casa de mis antiguos vecinos ya había caído bajo las garras de las máquinas excavadoras, y que las obras estaban a punto de tragarse la casa de mis abuelos.

Y sonreí, porque en ese momento entendí el sueño que me había llevado hasta allí.

Nunca me había podido despedir de la casa como debía. Y ahora que iba a desaparecer para siempre me había llamado para que lo hiciese.

Las casas, según contaba mi abuela, mantenían el espíritu de sus moradores por siempre. Y la Casa del Árbol me había invitado a visitarla de nuevo porque teníamos una cuenta pendiente.

Aparqué frente al muro cubierto de hiedra descontrolada y sorteé un par de tocones de árboles cuyas raíces se extendían hacia el cielo como zarpas desesperadas por encontrar un nuevo lugar en el que arraigar.

Me dirigí hacia la verja oxidada que aún conservaba

restos de pintura verdosa. Me asomé al interior y contemplé la vegetación y las malas hierbas que invadían lo que había sido un jardín primoroso.

El roble inmenso que daba nombre a la casa, seguía allí, junto a la entrada, desafiando al tiempo y a las excavadoras. Y allá en lo alto, imponente pero ahogada entre las zarzas y la hiedra, estaba la casa, la Casa del Árbol, tal y como la recordaba, aunque maltratada por el paso del tiempo y claramente abandonada.

Me pregunté cuánto tiempo habría necesitado la naturaleza para hacerse con ella. Nosotros la habíamos vendido hacía ya seis años, y aquello tenía todo el aspecto de llevar abandonado unos cuantos.

Observé el candado herrumbroso que cerraba la verja. Y sin pensarlo, mi pie buscó la piedra del muro que sobresalía a media altura. Me apoyé en la valla, y como había hecho mil veces, salté por encima.

—He vuelto, abuela —murmuré.

La muerte anunciada

—**H**e llegado, abuela —grité saltando la verja. Aterricé junto al inmenso roble que crecía junto a la puerta. Mi abuela Flor estaba trajinando entre los lilos. Ella era una mujer rubia y más bien regordeta, que cuando trabajaba en el jardín se ponía botas de goma y guantes como si se tratase de su uniforme oficial de faena.

—¡Te he dicho mil veces que llames al timbre, Fran! ¡Me vas a aplastar las flores! ¿Y dónde has dejado la maleta? —me dio dos rápidos besos, uno en cada mejilla—. ¡Ah! ¡Una mochila! Anda, cógela y no la dejes ahí tirada... ¿Y por qué no me has avisado de que llegabas hoy? Tu madre me dijo que vendrías mañana. El abuelo hubiese ido a recogerte... ¿Has venido en autobús?

Pasé de contestar a cualquiera de las preguntas, recogí la mochila y corrí hacia la casa.

—Si me hubieses avisado, te hubiera preparado escalivada... —continuó su voz tras de mí—. ¡Y están los tíos en la habitación de abajo!, tendrás que dormir arriba... Está haciendo fresco, hay que buscar una manta.

La voz de la abuela Flor, que ya hablaba para sí misma, murió tras de mí.

Subí la escalera, atravesé el porche y me planté ante la puerta de la casa.

—¡¡Ricaard!! —grité.

Nunca lo llamaba «abuelo».

—¡¡Estoy aquííí!!

—Hombre, vaya, mira tú a quién tenemos aquí... Buenos días, Fran.

—Hola, tío —mi tío Fidel tenía una barba que era casi blanca por completo, y según cómo, me recordaba a la de Papá Noel—. Tu abuelo está en el huerto, ahí detrás —señaló hacia la puerta de la cocina—. ¿No venías mañana?

—Pues no; hoy —dije sin ganas de dar explicaciones.

Atravesé la cocina para salir al porche de la parte de atrás. Ricard estaba agachado en el huerto. Como de costumbre, llevaba una camisa impecablemente planchada por mi abuela y un prehistórico sombrero de paja. Sus cabellos blancos intentaban escapar del gorro y flotaban a su alrededor como una aureola.

—Hola, Ricard.

—¿Pero no llegabas mañana? —se incorporó para abrazarme.

Me encogí de hombros.

—He preferido venir hoy.

—Ya —Ricard arrastró el monosílabo y no me hizo más preguntas.

Su mirada transparente se posó un momento en la mía y una lucecilla de entendimiento prendió sus ojos

azules. Nos comprendíamos con sólo mirarnos. Seguro que había adivinado que había tenido una bronca con mi madre. Y que por eso había adelantado mi llegada.

Para evitar enfrentarme a su escrutinio, me dediqué a observar los lustrosos tomates que adornaban su huerto, como si fuesen lo más emocionante del mundo.

—Éstos no son los tomates de todos los años... —le dije por decir algo.

Él apartó de mí su mirada y la dejó vagar sobre las plantas.

—No, claro. Éstos no crecen en racimos, salen solos, de uno en uno. Van a su aire, como tú, más o menos...

—Yaaa —no tuve más remedio que acudir al mismo monosílabo y arrastrarlo como había hecho mi abuelo antes—. Los tíos están aquí... —señalé una obviedad tan sólo por cambiar de tema. Siempre los llamaba «tíos», aunque en realidad eran «tíos abuelos».

—Sí, pero mañana se van a Llançà... Aunque volverán en cinco días. No nos vamos a librar tan fácilmente de ellos.

Sonreí.

Sonrió.

Ricard y yo nos entendíamos a la perfección.

Después, cuando entré en la casa, me encontré a la tía Visi en el piso de arriba. Estaba en el baño. La puerta permanecía abierta de par en par; ella se sentaba sobre la taza del váter con los pies metidos en una palangana de agua. Visitación, Visi para todos, era alta y delgada, seca como un palo y con unas arrugas tan

marcadas como si las hubieran cincelado en roca viva. No se parecía nada a su hermana, a mi abuela, y sin embargo tenían un «algo» familiar, algunos gestos o la risilla aguda que las dos reproducían con la misma cantinela.

—¡Fran! ¡Vaya sorpresa! Anda, ven a darme un beso. Pues sí que has crecido desde Navidades... —sentí volar dos besos en el aire, cerca de mis mejillas—. Perdona, hijo, pero estoy haciéndome la pedicura.

Me sonrió con su boca perfilada de rojo pasión.

La dejé con los pies en remojo para subir mi mochila hasta la buhardilla.

Otro verano comenzaba en la Casa del Árbol. Los pies de la tía Visi se ablandaban en el agua, el tío Fidel se había hecho con parte del salón para montar su centésima maqueta de barcos, la abuela cuidaba del jardín y Ricard, del huerto. Sólo faltaban el tío Federico, alias Fede, y mi madre para que aquello se convirtiese en la misma jaula de grillos de todos los años.

Sólo que entonces no sabía que aquél iba a ser un verano diferente. El último. El del tesoro. El de la muerte anunciada.

—¿Has puesto las pinzas nuevas en su sitio?

—¡Pues claro! ¿Qué hacen si no esas rojas ahí con las otras? ¡Pues claro que las he puesto!

La tía Visi se enzarzó con el tío Fidel en la enésima discusión absurda. Eran una de esas parejas que se pasan la vida porfiando por los temas más ridículos. Yo tenía claro que seguirían así hasta que se muriesen; mi madre opinaba que no, que un día de estos nos darían

una sorpresa y se divorciarían. El tiempo me acabaría dando la razón: siguieron juntos hasta que el tío murió y mi tía Visi se convirtió en una extravagante viuda que le acompañó a la tumba un par de años después.

—Esas maquetas tuyas te han sorbido los sesos —continuó mi tía—. ¡Todas las pinzas de la ropa están por ahí sujetando palos y maderas!

—Sujetan vergas —aclaró mi tío.

—¡Vergas! ¡Ya hablaremos tú y yo de vergas luego! ¡Esos barcos tuyos han invadido nuestra casa y ahora la de Flor!

Buscó con la mirada el apoyo de su hermana, a la que suponía tan harta de las maquetas de su marido como ella misma, pero no lo encontró. Lejos de amilanarse, continuó con su ataque frontal y eterno plan de acoso y derribo contra mi tío Fidel.

—No son más que un nido de polvo, de ácaros y de guarrería... Un día de estos los quemaré en las hogueras de San Juan.

—Si tocas uno solo de mis barcos, seré yo quien recogerá todas tus cremas y potingues y los tiraré al mar.

Yo, que permanecía resguardado de la tempestad en el sofá del fondo del salón, parapetado tras un cómic de *La Patrulla X*, no pude dejar de imaginarme el agua del mar contaminada por las grasas y ungüentos de mi tía. La imagen me hizo estremecer.

—¡A cenaaar!

Mi abuela Flor asomó la cabeza y su presencia puso un punto y seguido en la jarana familiar.

La puerta principal de la Casa del Árbol se desplegaba en una escalinata que nacía en el jardín de la parte delantera. Aprovechando una irregularidad del terreno, habían construido un porche con un tejado de obra que cobijaba una mesa y unas cuantas sillas de mimbre. Mi abuela lo llamaba el «porche de verano» y era allí donde solíamos cenar.

Yo no tenía ni idea de esas cosas en aquella época, pero Ricard me explicaba que la puerta principal estaba orientada al norte y el porche también, así que en verano era un lugar que permanecía casi todo el día a la sombra. Siempre hacía fresco allí y la temperatura era muy agradable.

Por el contrario en invierno hacía un frío de narices. Entonces ocupábamos el «porche de invierno». Porque en la parte de atrás de la casa también había un jardín, aunque más pequeño que el que acompañaba a la puerta principal. Se podía acceder a él desde la cocina, y mis abuelos habían hecho construir allá una pérgola bajo la que se refugiaba una amplia mesa de madera con unos bancos corridos. La hiedra trepaba por las columnas y a su lado el huerto de Ricard y un parterre de flores y plantas aportaban un toque de color. Esa parte de la casa estaba orientada hacia el sur, y la mayor parte del día permanecía al sol. En verano hacía un calor infernal y ni la clemente sombra de la pérgola nos permitía disfrutar del porche en aquella época del año.

Pues bien, durante los estíos, esta idílica estampa del porche de verano dispuesto para la comida o la cena se adornaba con unas misteriosas cajitas que colgaban del techado y las columnas, y que no eran otra cosa

que trampas para avispas y mosquitos. También había colocadas unas cintas pegajosas cuya finalidad era la de atrapar moscas. De manera que en el porche, para librarnos de los insectos, siempre estábamos acompañados por sus cadáveres.

Mi abuela Flor mantenía su guerra particular contra la naturaleza. Sabía que era una lucha perdida, pero a veces, cuando esgrimía un insecticida en aerosol persiguiendo mosquitos, polillas nocturnas o arañas, gritaba como una posesa: «¡Ganaréis la guerra! ¡Pero esta batalla es mía!»

Realmente no me hubiese gustado ser un insecto enfrentado a ella. Era una contrincante temible armada con sus *sprays* y matamoscas.

Aquella noche en el porche de verano, mi abuela Flor también había encendido algunas velas aromáticas. Por supuesto no tenían ningún propósito romántico. Con ellas pretendía alejar a los mosquitos. Pero esa luz tenue daba un aire denso y mágico a la noche. Y el olor a limón, aunque algo mareante, todo hay que decirlo, conseguía crear un encanto especial.

El hechizo se rompió cuando la tía Visi descubrió la ensalada que presidía la mesa.

—La lechuga se anega en aceite y vinagre —sentenció con tristeza, igual que quien ve ahogarse a un gatito en el agua.

—A mí me gusta así —aclaró el tío Fidel.

—Esto ni es una ensalada, ni «na». ¡Cómo os podéis comer esto!

—Cuestión de gustos, Visi —apuntó Ricard.

Mi tía Visi se echó algo de ensalada en su plato con un mohín de disgusto. Fidel sonreía a mi abuelo. Éste había sido un punto para mi tío. El resto de la noche continuarían batallando el uno contra el otro como dos expertos espadachines, a veces como bailarines siguiendo una coreografía delicada, otras como directos adversarios que lanzaban certeros golpes para atravesar el corazón del contrincante.

Mi abuela Flor repartió el pan con tomate.

—Ea. Haya paz... Después de la cena haremos una sesión. No lo olvidéis.

Cómo no. Si éramos más de tres personas en la casa, se organizaba una sesión. Una sesión de espiritismo, claro. Ésas eran las cosas de mi abuela Flor. Estábamos tan acostumbrados a ellas como a sus botas de jardinera o su manía a los insectos.

—A ver si los ánimos se pacifican —continuó ella—, necesitamos un ambiente relajado...

Sonreí a mi abuelo Ricard. Si algo era imposible entre nosotros era precisamente eso: un entorno pacífico.

—Ya han llegado los vecinos, Fran —mi abuela se dirigió directamente a mí, como si se tratase de una inocente y tópica conversación—. Alba también ha venido...

Lo dejó caer así, como quien no quiere la cosa, como quien arroja un pez recién pescado en un cubo con un solo palmo de agua. Así de tramposa y resbaladiza era la cuestión.

Tengo que explicar lo de Alba. Los vecinos de mis abuelos, Montse y Joan, tenían una nieta que los

acompañaba durante algunas semanas en verano. Ella se llamaba Alba, tenía un año más que yo y, cuando éramos críos, jugábamos siempre juntos en su jardín o en el mío. Éramos grandes «amiguitos», tanto que incluso montaron en la valla que separaba su parcela de la nuestra una puerta para que pudiésemos pasar el uno a la casa del otro sin problemas. Como éramos «amiguitos perfectos», nuestros respectivos abuelos daban por sentado que acabaríamos convertidos en unos «novios perfectos», y después en un perfecto matrimonio.

Por eso, cuando crecimos, Alba mucho más rápidamente que yo —hay que reconocerlo— y nuestros intereses empezaron a divergir, ellos nunca terminaron de admitir que nuestra amistad hubiese languidecido para acabar muriendo. Y por eso se empeñaban en organizar meriendas o actividades en las que nos encontrásemos, cosa que no nos hacía gracia a ninguno de los dos y que evitábamos siempre que nos era posible.

Ahora, en verano, cuando nos encontrábamos, tan sólo cruzábamos un «Hola, ¿qué tal?», «Bien, ¿y tú?», «Hasta luego» o «Adiós». Ésa era nuestra profunda relación: la de dos vecinos que se encuentran dos o tres veces al año.

—Y también está su prima. Es muy mona... —la abuela tiraba directamente a matar.

—Muy mona, Fran —recalcó Ricard.

¡Ah! Si mi abuelo lo decía, vaya, entonces es que se trataba realmente de una información valiosa. Tenía que ser «muy mona» de verdad.

—¿Y el resto de la gente? —les pregunté sin auténtico interés.

—Algunos ya han venido, pero de los de tu pandilla, no he visto a nadie.

Mi abuela siempre decía «pandilla», lo que a mí me sonaba como sacado del Pleistoceno. Hacía años, unos cuantos de la urbanización que éramos más o menos de la misma edad lo pasábamos en grande en los veranos. Pero después empezó la etapa de las «parejitas», y unos crecieron y otros desaparecieron, y bueno, aunque siempre estaba bien encontrarse con los viejos amigos, yo tenía claro que los buenos tiempos ya habían pasado para la «pandilla», y los que habían sido mis amigos del verano ahora ni lo eran, ni me apetecía que lo fuesen. Eran simplemente antiguos conocidos.

—...También está la hija de Joanna, que está embarazada, y Lluís, el nieto de Toni, que se ha comprado un piso en Calella. Se ha ido a vivir con su novia...

Yo ya había desconectado. Mi abuela Flor hacía un repaso a la vecindad y a los asuntos sociales de la urbanización, que, la verdad, me importaban un bledo.

Me concentré en la cena, en la ensalada ahogada en aceite y vinagre, y dejé que el runrún de la conversación me acompañase como un simple ruido de fondo.

Después de la cena, mi abuela encendió más velas —no aromáticas— y apagó las luces de la casa para comenzar una «sesión».

Hasta donde alcanza mi memoria mi abuela organizaba sesiones de espiritismo. Creo que ella y su hermana Visi eran las herederas de una generación que

vivió su primera juventud antes de nuestra Guerra Civil. Por aquel entonces, entre determinados estratos de la sociedad, estaban de moda pasatiempos tan curiosos como las sesiones espiritistas, o juegos exóticos como el Mah Jong. Después, la guerra se había llevado además de su juventud y su inocencia, estos curiosos usos y costumbres.

Pero a nosotros nos parecía natural que después de cenar la abuela Flor sacase su tapete de la *ouija*, que no era otra cosa que uno de fieltro verde que en origen había servido para jugar a las cartas y que ella había adaptado dibujando sobre él las letras del abecedario, y un «sí» y un «no» en el centro.

En cuanto preparó todo, nos pidió silencio.

Mi abuela y la tía Visi cerraron los ojos con un gesto serio de concentración. Los demás nos contemplamos, como siempre, con una mezcla de aburrimiento y escepticismo.

Mi abuela cogió un vaso corriente de agua, lo sopló, y todos pusimos un dedo sobre él.

—¿Estás ahí? Si estás ahí, manifiéstate —convocó mi abuela con una voz firme.

El vaso, como la inmensa mayoría de las veces, se empeñaba en disfrutar de la quietud y el equilibrio inherentes a su naturaleza de objeto inanimado.

—Si estás ahí, manifiéstate —repitió en un susurro.

—Ésta no es buena noche para los espíritus, Flor —intervino mi tía en una voz casi inaudible—. La luna está creciendo, el viento sopla del sur...

—Sshhh —intervino mi abuela.

Me recorrió un escalofrío. No sé si fruto de la brisa nocturna o de algo más... Porque de pronto, el vaso pareció vibrar, y como había visto en otras ocasiones, comenzó a desplazarse por el tapete muy despacio, como si le costase desprenderse de su propio peso.

Todos admirábamos con interés el fenómeno. Yo levanté de forma casi imperceptible el dedo, tan sólo para comprobar, como siempre hacía, quién era el que movía el vaso de verdad, pero no encontré a ningún culpable evidente.

El vaso, al parecer, se movía por sí solo. Porque le daba la gana. Porque, quizás, como siempre acababa dudando en las sesiones de mi abuela Flor, un espíritu errante había acabado por acercarse con curiosidad a ese grupo de dementes que éramos nosotros: unos veraneantes ociosos y aburridos.

—¿Quién eres? —preguntó mi abuela con dulzura.

El vaso pareció animarse, como si le hubiesen afectado los *whiskys* o las ginebras que hubiese podido contener en el pasado, y se aceleró, dando vueltas al tapete sin detenerse ni mostrar un claro interés por ninguna de las letras.

Mi abuela le dejaba hacer. Decía que no había que forzar a los espíritus; que después de todo, ya que tenían el detalle de acompañarnos, no podíamos encima pretender que hiciesen o dijese lo que nosotros quisiésemos. Por eso las sesiones de mi abuela se convertían a menudo en curiosos ejercicios de surrealismo, en los que ella preguntaba algo, y el vaso contestaba palabras y letras sin sentido, y en contadas ocasiones,

otras palabras que nada tenían que ver con la cuestión que ella le había formulado.

Pero aquella vez no fue así.

—¿Quién eres? —repitió suavemente mi abuela.

Y el vaso pareció centrarse y se colocó, claramente, unos instantes sobre la «G». Y después, con la misma elegancia de un patinador sobre hielo, se desplazó sobre el tapete verde para llegar a la «I».

Todos aguantábamos la respiración y yo, en un susurro, intentaba juntar las piezas del puzzle en que se había convertido el tapete:

—Gi...

Enseguida voló hacia la «P», y luego a la «S»...

Yo no terminaba de entender el sentido de aquello:

—Gi...p...s...

Y por fin, aterrizó en la «Y».

Y se quedó allí parado como esperando nuestra respuesta.

¡Entonces lo entendí!

—¡Gipsy! —exclamé.

—Shhhh, no grites Fran, por Dios —me recriminó mi abuela.

—¿Y qué es «gipsy»? ¿Eso es algo? —preguntó mi tío Fidel.

—Gipsy es gitano en inglés —les expliqué —, como los Gipsy Kings...

—¡Acabáramos! No, si ahora habrá que aprender inglés para hablar con los espíritus, ¡lo que nos faltaba! —refunfuñó el tío Fidel.

—Ssshhh —nos mandó callar mi abuela—. ¿Eres un gipsy? —preguntó al vaso ignorándonos a todos.

El vaso retomó su danza para terminar parado sobre el «sí». Y como si aquello le hubiese emocionado sobremanera, volvió a su loco baile sobre las letras en un incomprensible sin sentido.

—Creo que *gipsy* no sólo es inglés —apuntó nerviosa mi tía Visi —, yo diría que también se ha usado en...

—¿Tienes algo que decirnos? —la interrumpió mi abuela.

El vaso volvió a posarse sobre el «sí» con la misma delicadeza de una mariposa sobre una flor.

—Habla entonces.

Y sin saberlo, con esas palabras tan simples, desató la muerte anunciada que nos atormentó durante aquel verano.

El vaso comenzó en la «M». Y después buscó la cercana «O».

Yo iba siguiendo la palabra por lo bajo:

—M...o...

Luego se desplazó hasta la «R». Y después dio un largo rodeo para acabar en la «I».

—Mo...ri...

Volvió a cogerle un ataque de velocidad y divagó hasta la «R» y luego, como una flecha, llegó hasta la «A».

—¡Morirá! —grité al tiempo que un escalofrío me hizo saltar del asiento.

Y conmigo, todos los demás quedaron petrificados y expectantes.

El vaso siguió su loca carrera para pararse un instante en la «F».

En ese momento, sin dar tiempo a que ninguno de los presentes pudiese reaccionar, mi abuela cogió el vaso, lo llenó del aire de la noche, y dijo casi sin aliento:

—Gracias por haber estado con nosotros, *gipsy* —y sopló en el vaso, como siempre hacía al terminar una sesión.

Y así, nos quedamos todos pasmados.

Nunca jamás supimos qué narices había querido decir el espíritu de aquella noche.

—¡Flor! —dijo un gritillo la tía Visi con un claro aire recriminatorio—. Tenías que haberle dejado terminar...

—¡Morirá F! —grité yo a la vez que mi tía hablaba—. ¿Qué «F»? ¿Quién es «F»? ¿Qué es «F»?

Mi abuelo Ricard estaba hundido en la silla. Fue mi tío Fidel quien lo sacó de su ensimismamiento.

—«F», vaya. Este espíritu ha ido a elegir una buena letra. Si hubiese continuado, ¿qué nos hubiese dicho?... ¿Morirá Fidel? ¡Ja! ¡Yo mismo! No tengo ni el más mínimo interés... ¿O serás tú, Flor?... —a mi tío le dio una especie de ataque de risa; cuando se le pasó pudo continuar—: En esta familia los únicos que os salváis sois tú, Ricard —señaló a mi abuelo—, o tú, mi querida esposa Visitación... Porque tenemos Fideles, Flores, Franciscos —al oír mi propio nombre se me pusieron los pelos de punta—. ¡Ah! Y no nos olvidemos del tío Federico...

—Ni de mi madre —me atreví a decir con un hilo de voz; porque ella se llamaba igual que su propia madre: Flor.

El silencio se abrió paso entre nosotros y se acomodó reinando en el salón.

—Todo esto no son más que tonterías —curiosamente fue mi abuela Flor la que habló con un tono de voz casi musical—. Los espíritus no conocen el futuro, ni pueden conocerlo... En todo caso, conocen el pasado porque lo leen en nuestra memoria... —dijo mientras enrollaba el tapete de la *ouija*—. ¡Hala! ¡Se acabó! ¿Quién quiere un Tía María?

Era costumbre tomar una copita por la noche después de la cena y mi abuela era devota del licor Tía María.

—Yo también, por favor —pidió su hermana Visi. Mi abuelo Ricard se levantó.

—Yo necesito una copa, de verdad. ¿Ginebra con limón? —ofreció a Fidel.

—¡Por los «efes»! Claro que sí, más ginebra que limón hoy para mí.

—¿Una Coca-Cola, Fran?

Yo aún era menor de edad, aunque me quedase muy poco para dejar de serlo. Por mucho que supiesen que bebía alcohol de vez en cuando, no dejaban de recordarme que no debía hacerlo frente a ellos; nunca, hasta que fuese mayor de edad.

—...¿Con un poco de ginebra? —continuó para mi sorpresa Ricard.

Asentí con el asombro pintado en el rostro. ¡Por primera vez me consideraban un adulto!

—No te hagas ilusiones, Fran —me aclaró—. Hoy beberás a la salud de todos los «efes» de la casa. Me parece que nos lo merecemos después de esta sesión.

Mi abuela hizo un gesto de disgusto pero no dijo nada.

Después, todos, más silenciosos y circunspectos que de costumbre, salimos al porche de verano con nuestras bebidas. Hacía una noche sin nubes y las estrellas refulgían sin que la luz de una diminuta luna creciente les arrebatase su brillo.

Saboreé la especie de cubalibre que me habían preparado con mucha Coca-Cola y casi nada de ginebra, y me pregunté qué me depararía el verano que había comenzado con el anuncio de una muerte para alguien cuyo nombre comenzaba por «F».